

SUSANA ZORRAQUINO



TACONES DE
SANGRE

*A mis hermanas,
como no podía ser de otra manera,
a mi madre y a mi novio.*

Esta novela es ficción y sus personajes son totalmente ficticios, aunque haya referencias reales a ciudades y localizaciones.

ÍNDICE

Capítulo I. Una víctima en Valencia	13
Capítulo II. Yolanda Alapont en el equipo	21
Capítulo III. Otra víctima	29
Capítulo IV. Aparece el cuerpo de Sofía	35
Capítulo V. Alcañiz y Alapont	43
Capítulo VI. El furgón negro	51
Capítulo VII. En la mente del asesino.....	57
Capítulo VIII. El viejo dossier.....	61
Capítulo IX. La desaparición de Adriana Pla.....	67
Capítulo X. Otra cita de enamorados.....	77
Capitulo XI. Interruptus	81
Capítulo XII. La vigilancia.....	89
Capítulo XIII. El interrogatorio.....	95
Capítulo XIV. Las escuchas	103
Capitulo XV. La infancia de Robert Arnau	107
Capítulo XVI. La muerte de Martina	111
Capítulo XVII. La aparición con vida de Natalia Ros	115
Capítulo XVIII. El testimonio de Natalia Ros.....	121

Capítulo XIX. Buscando a la mujer cómplice	127
Capítulo XX. Robert Arnau se escapa de la cárcel	131
Capítulo XXI. Ni descansar	139
Capítulo XXII. El dueño del hotel	143
Capítulo XXIII. Dos al precio de una	147
Capítulo XXIV. Vente a vivir conmigo	151
Capítulo XXV. Los padres denuncian la desaparición de las dos chicas	155
Capítulo XXVI. Agost quiere ayudar en la investigación	163
Capítulo XXVII. El secuestro del niño Daniel	169
Capítulo XXVIII. Buscando al hijo de Albert	173
Capítulo XXIX. La convivencia entre Yolanda y Paco	181
Capítulo XXX. A la caza de Robert Arnau	183
Capítulo XXXI. Paula se escapa del lado de Robert	187
Capítulo XXXII. La no declaración del asesino	193
Capítulo XXXIII. Las víctimas	197
Capítulo XXXIV. Yolanda se queda embarazada	199

CAPÍTULO I.

UNA VÍCTIMA EN VALENCIA

Suena el teléfono en la Comisaría centro de Valencia. Se lo pasan al comisario Vicent Fabras. Todos los demás agentes están mirando hacia los cristales de su despacho para verle expresiones, gritos, algo, pero Fabras se limita a asentir con la cabeza con cara triste. Sale de su despacho:

— Agentes —anunció a todos los empleados de la Comisaría—, ha habido un asesinato en la plaza Mayor de Valencia. Marta Valls, Albert Agost, Paco Alcañiz, venid conmigo. Chicos, lo que nos encontremos allí nos va a revolver el estómago, dijo el comisario ya solo para los tres asignados.

Los cuatro se dirigieron en dos coches patrulla hasta el lugar de los hechos. Allí estaba ella, la víctima, una mujer española, delgada, más bien bajita, muy guapa, pelo largo, moreno y ojos verdes. Lo que más llamó la atención del cuerpo fue que tenía dos tacones de zapatos de aguja clavados en el corazón. Los agentes se patearon la zona para encontrar alguna colilla o alguna pista que pudieran relacionar con el crimen, pero no hubo suerte. A la víctima la habían desnudado y la habían vuelto a

vestir, puesto que tenía la camiseta al revés y la cremallera de la falda rota. No sabían si había podido ser violada; luego les diría la forense, Elena Fuster, aunque todo parecía que el crimen tenía tintes sexuales.

No llevaba bolso encima ni ningún tipo de documentación que indicara quién era esa mujer. Ya en comisaría, con la forense a la cabeza, le sacaron las huellas, pero no estaba fichada. Recurrieron a desaparecidos y efectivamente había una denuncia de hacía tres días. El sujeto había estado tres días con ella. Se llamaba Julia Martí, tenía 33 años de edad, era valenciana, estaba soltera y vivía con su madre, era profesora y de clase media—alta. Su madre era la que había denunciado su desaparición.

Estaban todos esperando la autopsia de Julia mientras tomaban un café con otros compañeros en la sala acondicionada para ello y hablaban sobre lo que había sucedido. Echaron la vista atrás y se acordaron de Yolanda Alapont, con la que hace ya dos años habían cerrado el caso del Asesinato de Tacones, como lo apodó la prensa.

— Pues anda que cuando los medios de comunicación sepan esto, no sé cómo lo llamarán, bromeó Marta.

— No tiene gracia Valls, le respondió Alcañiz.

— Ya, era para quitar un poco de tensión en el ambiente, contestó ella, aquí tacones hay más de los que quisiéramos y en un sitio que no quisiéramos.

Elena Fuster, la forense, llamó al comisario y todos bajaron a la morgue.

-
- Bien, la causa de la muerte fue efectivamente la penetración de esos tacones en su corazón, se ayudó de un cincel y un martillo, le vino bien al asesino que fueran de tacón de aguja, quizá el sujeto busca ese tipo de tacón, y os puedo decir que la drogaron para hacérselo más cómodamente. Ya os puedo decir que el asesino es un hombre.
- ¿Fue violada?, preguntó Valls.
- No, pero se hizo una paja y eyaculó encima de ella, respondió Fuster.
- O sea que es posible que sea impotente..., sugirió Valls.
- No sabré nada hasta que analice el esperma, contestó Fuster.
- Como sabéis –prosiguió la forense– el cuerpo estaba vestido después de haber sido torturado, de hecho, se corrió cuando estaba desnuda, luego la volvió a vestir supongo que con la ropa que llevaba, aunque mal, porque es su talla, de ahí que nos hallamos dado cuenta. La ropa es cara y de marca, por si os viene bien para hacer la victimología. Y de momento hasta que no tenga los análisis del semen no tengo más que contaros chicos.
- Gracias Elena, dijeron todos al unísono.

Salieron todos de la morgue fría y blanca con pequeños armarios de acero inoxidable donde entraban los cuerpos tumbados y cada uno se sentó en su sitio. Salió el comisario y les dijo que entraran a su despacho. Bien, ¿qué podemos decir de este sujeto? ¿Creéis que volverá a matar? Lo de los zapatos me ha

parecido una firma muy significativa. Valls, mira si hay asesinatos parecidos en España en los últimos 10 años, dijo el comisario. Vosotros dos, hablad con los padres, que ya han llegado.

Samuel Martí era el padre y Eva Colom era la madre de Julia. Estaban desconsolados. Ellos no vivían juntos, estaban separados, pero se llevaban bien y habían acudido a la comisaría juntos. De hecho, se abrazaban para darse consuelo, los dos habían perdido a su hija. El padre tenía 54 años y la madre 53, valencianos los dos, no tenían más hijos. Su padre trabajaba en una cadena de montaje de coches y su madre había estudiado filosofía y era escritora. Físicamente, su hija se parecía mucho a ellos, sobre todo a la madre. Ver a la madre era como ver viva a la víctima, una sensación un poco rara.

- Bien, ¿a qué hora salió de casa Julia?, preguntó Alcañiz.
- Salió a las nueve de la mañana de hace tres días, y ya no volvió, respondió entre sollozos la madre.
- Tranquila cariño, decía el padre.
- ¿Qué iba a hacer?, prosiguió Alcañiz.
- Iba a ayudar a unos chicos del colegio a prepararse un examen a la biblioteca.
- ¿Te llamó desde allí? ¿Sabes si llegó?
- No, no me llamó, no sé si llegó, respondió la madre.
- ¿Sabes la Biblioteca a la que iba? Sí, a la Biblioteca Valencia Pilar Faus.

— Agust, por favor, llama para ver si estuvo.

— Claro Agente Alcañiz.

— No, nunca llegó, aseveró el agente agost tras la llamada oportuna.

La madre se puso a llorar desconsolada. Tranquila mujer, solo es un dato más de lo que sabemos hasta ahora; los hechos no cambian, le dijeron los agentes.

— ¡Qué me la han matado!, gritaba repetidas veces la madre.

Le dieron un orfidal para que se calmara.

— ¿En los días previos notaron algo raro en ella?, preguntó Agust.

— No, todo normal, lo habitual, el colegio, los niños, los exámenes, lo de siempre, dijo la madre.

— ¿Usted señor Martí?

— Nosotros nos vemos menos. Los fines de semana. Yo vi a Julia el viernes pasado y estamos a jueves. No noté nada raro en ella. Estaba como siempre. Como todos los días: muy alegre, risueña, cantarina, cariñosa.

— ¿Sabían si alguien la acosaba o la perseguía o tenía algún enemigo, ya fuera en el trabajo, algún ex novio o amigo?

— No, que va. Era querida por todos. Hasta por los que ca-teaba, contestaron los dos a la vez.

— Bien, no hay más preguntas. Si se acuerdan de algo, cualquier cosa, nos llaman. Puede ser importante para la investigación y hay que coger al hombre que ha hecho esto a su hija.

Marta mientras tanto estaba buscando casos similares en los últimos 10 años y “¡Bingo!”, grito y saltó de su mesa como si realmente le hubiera tocado un premio. Hacía medio año habían encontrado una fallecida en Torrent con la misma firma de los tacones en el pecho. También llevaba la ropa puesta de nuevo porque llevaba prendas del revés, lo que no se había corrido encima, el asesino está cogiendo más confianza, había evolucionado. Los agentes de Torrent dejaron el caso por falta de pruebas después de medio año buscando a un asesino que ya se habría ido del país, según pensaron ellos.

Después de contarle todo esto Marta al comisario, este mandó a Alcañiz a hablar con la Comisaria de Torrent para que nos enviaran el dossier que tuvieran, que era urgente. Y le comentó una cosa a Marta:

— ¿Crees que es buena idea llamar a Yolanda Alapont?

— Por supuesto, no tengo ninguna duda comisario Fabras, respondió Marta Valls. Ella tiene un olfato que muy pocos agentes poseen y un instinto muy desarrollado. Con ella conseguimos meter en la cárcel a las Asesinas de los Tacones, que mataron a Victoria Planells y que tantos sudores costaron, puesto que en principio se pensaba que era un hombre y no se sospechaba para nada de sus mejores amigas. Fue gracias a Yolanda por lo que hoy ellas están encerradas.

Acto seguido el comisario Fabras llamó a Yolanda Alapont, agente de la Policía Municipal de Quart de Poblet.

— Yolanda, soy el comisario Vicent Fabras de Valencia, ¿Qué tal estás?

— Bien comisario, con mucho trabajo por aquí por Quart de Poblet entre unas cosas y otras.

— Entonces a lo mejor no puedes venir a la comisaria.

— Dígame.

— Se trata de un asesino en serie. Ha matado a una mujer aquí en Valencia y hace medio año a otra en Torrent. Y creemos que no va a parar hasta que lo detengamos. Tiene una firma especial: clava dos tacones de aguja en el corazón de las víctimas, y parece que tiene algo de sexual.

— ¿Y deja todo el zapato, los dos zapatos, colgados del cuerpo?

— Sí, así es. Los clava bien.

— También desnuda a las chicas y las vuelve a vestir, en la última víctima había rastros de semen sobre su cuerpo.

— Vaya. Voy a hablar con el jefe Pere, pero seguro que me deja, ya sabe que la otra vez no hubo problemas; le gusta que sus chicos salgan y aprendan. Te llamo cuando tenga la contestación comisario.

Yolanda fue a ver a su jefe Pere Adell, le comentó lo que sucedía en Valencia y que también podía alcanzar a los pueblos de alrededor, y Pere se sintió muy orgulloso de ella y del equipo de la Policía Local de Quart de Poblet. Le dijo que sí, que fuera a ayudarles, y que le mantuviera informado.

Yolanda llama al comisario:

- Comisario, ya he hablado con el jefe. Pere Adell dice que ningún problema, que es un orgullo para la Policía de Quart de Poblet el poder ayudar a la Policía Nacional de Valencia. Así que mañana a las siete de la mañana estoy allí. ¿O puedo ir esta tarde para ver a Elena y que me cuente?
- No, Elena ya se ha ido, ha sido un día agotador.
- Bien, mañana entonces. Un abrazo.